

Opinión, 18 Agosto, 1951

A mocedad ociosa vejez trabajosa

R. Miguel Selgas J.

Cuántos métodos tiene V. para aprender inglés? Preguntó un estudiante en una librería. Por toda respuesta le enseñaron un estante de gramáticas y él cortó 27 métodos diversos, entre grandes y chicos. Preguntó después cual era el mejor. El dependiente, sonriendo, contestó: — Tome cualquiera, que tan malo es uno como los demás—. ¿Entonces? — Si quiere V. aprender a hablar inglés, váyase donde lo hablan, y hable. Tenga presente que la letra con sangre entra o solo a fuerza de estudiar entran las asignaturas en la memoria. Solo a fuerza de hacer muecas con la boca, como los ingleses, saldrá V. con el inglés. No hay que darle vueltas, el estudiante perezoso, para quien el libro permanece siempre cerrado jamás saldrá letrado.

De los monjes que vivieron hace mil años, tal vez te has formado el concepto que eran hombres estacionarios e infructuosos: Ya es hora que modifiques tu opinión y te persuadas que los monjes de los siglos sexto y séptimo eran más dinámicos que las dinamos de nuestras centrales eléctricas. Alejados aún de la sombra de ociosidad, estos ilustres pedagogos influyeron en la cultura y educación de los pueblos bárbaros; redactando obras ajustadas a las normas de la didáctica, que sirvieron de textos en aquellos siglos; fundando o regentando monasterios, que fueron los únicos conservatorios de la cultura antigua; organizando escuelas de calígrafos y miniaturistas, mediante la copia de manuscritos; reglamentando la vida de comunidad con que dieron la pauta de los modernos internados y resolvieron en gran parte y de un modo experimental muchos problemas de este sistema de educación colectiva. Las reglas monásticas de San Benito proclaman que el ocio es enemigo del espíritu: a todos los monjes se señalan ocupaciones, a veces labores manuales, a veces de estudio y lectura espiritual, variando el horario según las estaciones del año y los días de la semana. Si alguno fuera an neg-

ligente o desidioso que no quisiera o no pudiera meditar, ni leer, prescribiéndosele otras ocupaciones hacendadas, de modo que no estuviese mano sobre mano. A los enfermos y delicados imponíaseles tal ocupación o trabajos que ni estuviesen ociosos, ni hubiesen de hacer esfuerzos violentos." Un polígrafo casi universal, en una obra pedagógica dedicada a su hijo, no duda en afirmar que los hombres ricos que a sus hijos no les obligan a hacer alguna cosa y los crían en ociosidad no hacen lo que deben para que sepan recordar, entender y amar: porque la ociosidad, el olvido, la ignorancia y mala voluntad concuerdan y audan juntos y por esto suelen ser los hijos de los ricos mal criados, perezosos, flacos, necios y malgastan lo que sus padres los dejan, porque no tienen modo de saberlo guardar y defender de hombres falsarios, traidores y embusteros. Por mi parte gritaba un obispo francés de siglo XIX, nunca cesaré de repetir, así hubiera de importunar todos los oídos: Una vida ociosa es una vida indigna de un hombre. Una vida ociosa no merece ser alimentada, ya que quién no trabaja, no merece comer. Una vida ociosa es una vida estéril y la vida estéril, como la tierra estéril está maldita, bebe en vano el rocío del cielo, ahoga los gérmenes que se le confían; en vez de dar fruto produce espinas y abrojos, engaña a Dios y a los hombres. Gran desgracia es quedar reducido a la esterilidad por un accidente, pero reducirse uno a sí mismo, a ella, rehusar con el trabajo la fecundidad, no producir fruto ninguno de cultura, defraudando a la sociedad y a Dios, es una desgracia incomparable y un vicio abominable.

Las épocas extremas de la vida son mocedad y vejez: la mocedad plétórica de energías tiene un movimiento ascensional: La vejez, desangrándose cada momento, baja rápida por el plano inclinado de la vida. Los dos frentes extremos de la vida son ocio y trabajo: en tu mano esta el escoger, pero ten presente que si prefieres una mocedad estéril, inerte y ociosa no

te asiste ningún derecho para reclamar frutos y ventajas en tu vejez: te convertirás en todo estúpido ejemplar de una vejez trabajosa por haber tontamente preferido una mocedad ociosa.

El estudiante perezoso que rehusa abrir el libro y esquivo todo esfuerzo mental no tiene derecho a echar al maestro el oprobio de la ignorancia del discípulo, porque a quién saber no quiere no hay maestro que le enseñe. Los chicos siempre quieren estar arrebujaos en la cama o que en la clase de cabezadas de sueño no se forjen la ilusión que escalarán algún día los honores reservados a la sabiduría: en ellos se cumplirá que quién mucho duerme poco aprende. Como en el campo faltan brazos y sobra aire y sol, cuantos no quieran o no sepan estudiar, que se apliquen a arar.